

DISCURSO

PRONUNCIADO LA TARDE DEL DIA 5 DE MAYO DE 1875

EN EL TEATRO DEL PROGRESO DE ESTA CIUDAD,

POR EL

C. Lic. Antonio Maria Elizondo,

orador que nombró la Junta Patriótica de la misma ciudad, para solemnizar el glorioso triunfo obtenido por el Ejército Mexicano contra el invasor extranjero, el siempre memorable día 5 de Mayo de 1862.

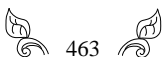


MONTEREY.

Imprenta del "Imparcial" á cargo de Domingo Ortiz.

Calle de Hidalgo núm. 3.

1875.



DISCURSO
PRONUNCIADO EL 5 DE MAYO
DE 1875.



Cuando en el suelo donde se hace, hay ya grandes virtudes que imitar y gratos recuerdos que honrar: no impunemente se pretende ahogar la libertad, por medio de la fuerza bruta: la multitud toma instintivamente los caminos que conducen á la gloria, y se sacrifica en aras de la Patria, ántes que consentir en su oprobio y aniquilamiento.

CONCIUDADANOS:

Altamente honrado, con el nombramiento que la Junta Patriótica de esta ciudad, tuvo á bien hacer de mi insignificante persona, para orador en este gran día de la patria, yo habria francamente escusádome, de admitir semejante honrosa comision, no tanto por las asíduas y graves labores de la judicatura, á que tengo que dedicarme en cumplimiento de mi encargo como empleado público, cuanto por la mezquindad de mis alcances, é ineptitud, para hablar dignamente y como corresponde, á la grandeza del objeto con que nos reunimos hoy en este lugar. Pero sí, por una parte, siento que mi desaliñada locucion y tosco lenguaje, pueda lastimar, aun en lo mas mínimo, la sublimidad de los gloriosos recuerdos que voy á evocar, por otra, agradezco sobre manera, la confianza con que inmerecidamente se me ha honrado, encomendándome el desempeño de comision semejante, porque ella me ofrece la oportunidad, de hablar á mis conciudadanos, y á todos los que me escuchan, de uno de los episodios mas gloriosos de nuestra moderna historia nacional, que aunque pasado ayer, y fresca aún su memoria, tenemos los

mexicanos, principalmente los que nos honramos de pertenecer al gran partido liberal del país, la obligacion sagrada, de conservar incólume y puro, hasta nuestras mas remotas generaciones, su grato y venerando recuerdo, por medio de estas manifestaciones públicas, para que, sirviendo de escudo contra nuevos atentados, que se dirijan á la autonomía de nuestra querida, cuanto infortunada Patria, pueda esta ver, por fin, con el establecimiento definitivo de la paz, realizado el glorioso porvenir que le espera, si comprendiéndola sus hijos todos, se abjuran errores pasados, marchando unidos hácia el adelanto y progreso de los pueblos, por medio del afianzamiento de las sábias instituciones que nos rigen.

Voy, pues, á hablaros del resultado glorioso, que un puñado de soldados del pueblo, al mando de un modesto y bizarro jóven general, también del pueblo, el inmortal Zaragoza, obtuvo el siempre memorable día 5 de Mayo de 1862, á inmediaciones de la ciudad de Puebla, capital del Estado confederado mexicano del mismo nombre, resistiendo heroicamente los rudos y estratégicos ataques de los aguerridos y hasta entonces tenidos, como invencibles, soldados de la Francia y alcanzando la satisfaccion y noble orgullo, de ver huir vergonzosamente á sus contrarios, que abandonaron el campo del honor, á que ellos mismos habian provocado.

Tal, y tan grandioso resultado, que no fué el desenlace comun en los azares de la guerra, como á los principios se pretendió hacerlo aparecer, sino una consecuencia precisa, lógica y natural, de la injusta provocacion, con que se brindaba al pueblo mexicano, no podría hoy apreciarse debilmente, en caanto á lo benéfico y provechoso que fué, aun para la misma nacion agredida, si ántes no definiéramos, aunque sea á grandes rasgos, la situacion que guardara México, cuando allá en Europa, allende los mares, se tramaba en la oscuridad de la noche, y abajo las sombras del misterio, su ruina y aniquilamiento, tratando de sujetarlo á una odiosa y cruel intervencion, para borrarlo así, del catálogo de las naciones libres é independientes.

Pero, ántes de entrar en esta narracion, y como preliminar de los sucesos que luego tuvieron lugar en nuestra Patria, con motivo de la intervencion extranjera, séame lícito refe-

riros un episodio, que á la vez, que demostraba en aquel tiempo, cierto desprecio hácia México, quizá porque se le creia débil, é incapaz de resistir la invasion acordada, vino á dibujar en lontananza, y sin remedio posible, la sentencia de muerte, del infeliz príncipe austriaco, que se prestó tan cándidamente, á ser instrumento de la política napoleónica de la Francia en aquella época.—Cuando se meditaba lo de la intervencion, por las tres naciones de la vieja y monárquica Europa, que luego, armadas en corso, y en son de guerra, se presentaron en nuestras costas, el ministro mexicano señor Lafuente, que residia en Paris, pretendió en cumplimiento de su deber, y con patriótico y laudable objeto, saber la causa que habia para los preparativos bélicos, que observaba acumular, y por toda respuesta, se le dijo: *que los destinos de la América, estaban resueltos, que ya era tarde* respuesta, que al poco tiempo México devolvía á Napoleon III desde lo alto del Cerro de las Campanas, y delante del cadáver ensangrentado, del archiduque de Austria, Fernando Maximiliano, titulado emperador de México: *ya es tarde*.

México, esta bella parte de la América, llamada por su situacion topográfica, por los inagotables tesoros de todo genero, que encierra en sus entrañas, no ménos, que por su virgen y feraz suelo, á ser no muy tarde, uno de los principales pueblos de la tierra, pero al que le cupo en suerte, haber sido descubierto y conquistado, durante el tiempo en que prevalecian las ideas mas contrarias al adelanto y progreso de los pueblos; México, apenas nacido á la vida de los pueblos libres, y que si habia rompido, á fuerza de constancia y heroicidad de sus hijos, las duras cadenas de la esclavitud, como colonia, que soportara, durante el largo espacio de trescientos años, luchaba aún en el terreno de las ideas, por una parte, con la ignorancia, casi completa de las masas, merced á la salvaje política de sus conquistadores, y con el fanatismo y poder de la instruccion y riqueza de las clases privilegiadas por la otra; México, en fin, que triunfante la gloriosa revolucion, iniciada en Ayutla, habia tenido, para afianzar las instituciones que se diera en 1857, necesidad de entrar en campaña formal, en fraticida guerra con los funestos homi-

bres del retroceso, que desde la independencia, y hasta hoy, puede decirse, han procurado, por cuantos medios les ha sugerido su pertinaz y necio empeño de volver á regir los destinos de la nacion, hacer estériles é ineficaces los esfuerzos heróicos de sus buenos hijos, por elevar á su querida Patria, al rango que justamente le corresponde como nacion libre é independiente; para colmo de su infortunio, y como premio de su afan y constancia, para destruir los males de que habia sido presa por tanto tiempo, fué, merced á los infernales trabajos de esos mismos funestos hombres del retroceso, el blanco de odiosa ambicion por parte de tres viejas naciones de la monárquica Europa, que, con frívolos pretextos y especiosos motivos, se coligaron entre sí, y como si una sola, temiera dar el escándalo que se proponian en su inícuca obra, para venir como filibusteros á posesionarse de esta pobre y débil Nacion, ahogando su libertad, fiados los invasores para lograr su intento, nunca por cierto, en la mas mínima justicia de su causa, sino únicamente en la fuerza de sus armas.

Así vivieron á nuestra Patria, esas tres naciones, Inglaterra, Francia y España, en pleno siglo XIX, con la extraña pretension de repartirse, como botin de conquista, la nacionalidad mexicana, queriendo en esto imitar lo que, no hace mucho y en la propia Europa, han hecho otras naciones con la infeliz Polonia.—¡Insensatos gobiernos los de esas naciones! ¿Qué no comprendian que su mision, además de ridícula, era irrealizable bajo todos aspectos, cuando de la misma América, de esta tierra clásica de la libertad, habian nacido, á fines del siglo pasado, los primeros destellos de libertad para los pueblos? ¿Qué no recordaba la Francia, que si ella, tambien á fines del siglo pasado, habia roto las duras cadenas del despotismo real, á que estuviera sujeta por siglos enteros, lo debia, en gran parte, al triunfo de la libertad en América, de donde sus nacionales, los voluntarios franceses, que acompañaron al inmortal Washington, habian vuelto aprendiendo á ser libres? La Inglaterra ¿no conservaba, por ventura, memoria del modo como habia terminado su dominacion en las colonias de la propia América? Y la España, no tenia acaso, frescas aún las duras lecciones, que de

constancia y abnegacion, le dieran los hijos del Anáhuac, de este suelo, cuya dominacion no hacia mucho habia perdido, no obstante las ventajas con que luchara para conservarla?

Nada de todo esto, sin embargo, fué bastante, para detener á los gobiernos de esas tres naciones, en su loca empresa de esclavizar á un pueblo. La infiel propaganda de la reaccion ultramontana, vencida y expatriada, escribiendo folletos, apoderándose de la prensa asalariada de la Europa, intrigando en los gabinetes de los reyes, ofreciendo, en fin, de rodillas un Mundo Nuevo, en el palacio de Miramar, como Cristóbal Colon, en el siglo XV, en la córte de los reyes católicos, habia hecho nacer un vértigo fatal en el cerebro de esas naciones, al grado, de escribir *ex abrupto*, y desde luego unidas contra México, su cartel de desafio, en la asta-bandera de sus buques, afectando olvidar para sí, sus antiguas rivalidades. Estas tres naciones, entre las cuales, hay de por medio, un mar insondable de sangre, ódios y rencores inestinguibles, se daban, aunque aparentemente, un abrazo de reconciliacion; se enviaban laureles de paz, que ocultaban mútuo desprecio, celebraban, con su union, la fiesta de las *grandes Panateneas* (*). Y era curioso ver bajo la misma bandera de filibusterismo, á los vencedores y vencidos de Waterloo, los invadidos é invasores de España. ¡Tales son, á veces, los fenómenos que producen, la ambicion y malas causas.

Aquella cruzada, desprendida en el siglo XIX, de los puertos europeos, atravesaba, es verdad, viento en popa las inquietas olas del oceano, no con la incertidumbre de encontrar tierra, ni con la nobleza de sentimientos, que abrigaba el gran Colon, gefe de la expedicion española en el siglo XV, pero si, en cambio, con la ruindad y cobardía de las testas coronadas de la Europa, contra la libertad de los pueblos en el Nuevo Continente.—Sin embargo, ¡qué diferencia de tiempos! ¡qué lecciones debian recibir, no muy tarde, estos modernos invasores, enemigos jurados de la libertad de los pueblos!

(*) Fiestas atenienses que se celebraban en honor de Minerva.

Y entre-tanto que esto pasaba en Europa, cuando se celebraba ese nefando y criminal tratado conocido por "Convencion de Lóndres," que pretendia reasumir los futuros destinos de México, el Presidente Juarez, siniestramente sereno, con esa calma que suele preceder á los grandes acontecimientos, y sin pronunciar siquiera, una sola palabra contra tales maquinaciones, esperaba para obrar, el primer rayo de luz, sobre la densa nube de la duda, que acerca de la suerte de su Patria, debia atormentarle, en aquellos solemnes momentos, disponiendo solo que el pequeño Ejército de la República se replegara á los límites de la Zona de Veracruz, para aguardar la descubierta del enemigo. El puerto y castillo de Ulúa fueron desartillados inmediatamente, para no conceder al invasor una fácil victoria. La barca "Concepcion" se entregó á las llamas: aquel espectáculo, era la cifra del porvenir: significaba la muerte antes que la humillacion.

Luego, disipada aquella duda, sobre la suerte que se le esperaba á México, efectuado el desembarque de los aliados, el Presidente Juarez, ese génio tutelar, destinado por la Providencia para ser el sosten y guardian, en aquella difícil época, de su querida Patria, pronunció su primer palabra: llamó á la guerra al pueblo mexicano, con el acento terrible de sus antecesores; porque su voz, no fué la débil voz de Moctezuma II; fué el acento sonoro de Guatimoc. Y á la voz autorizada del gefe de la Nacion, respondió esta, como habia respondido medio siglo antes, á la voz de un anciano y venerable sacerdote, el inmortal Hidalgo, con un eco terrible de guerra, que, con la velocidad del rayo, se reprodujo hasta los mas apartados rincones de nuestra infortunada México, haciéndose vibrar aun, hasta en el seno de fuego de nuestros volcanes; y desde los palacios hasta las chozas, desde las ciudades hasta las aldeas, cundiendo en todas partes instantáneamente aquel fuego abrasador del patriotismo, se recogió el guante que imprudente arrojara el invasor.

Y la causa de este, al parecer prodigio, fué en esa vez, como ha de ser siempre, en casos análogos, porque *cuando en la tierra donde se nace, hay ya grandes virtudes que imitar, gratos recuerdos que honrar y venerar; no impunemente se pretende ahogar la libertad, por medio de la fuerza bruta; la mul-*

titud, toma institivamente los caminos que conducen á la gloria, y se sacrifica en aras de la Patria, antes que consentir en su oprobio y aniquilamiento; y fué tambien, porque si la memoria es una dolorosa amiga, é infiel compañera, cuando en las aciagas horas de la existencia ofrece por únicas ideas, las del infortunio ó desaliento, resultado necesario de la opresion y tiranía, en que se haya vivido, y aun hasta la tierra misma donde se nace, no inspira, si no muy débil afición, cuando solo se encuentra en ella la hospitalidad de un mero asilo, sin recuerdos que evocar, sin virtudes que imitar, como está la desgraciada Polonia; no sucede lo mismo, cuando, como se ha dicho, hay esas grandes virtudes que imitar, esos gratos recuerdos que reverenciar; la multitud, no solamente toma por instinto los caminos que conducen á la gloria, sino que, llegado el caso, defiende á la Patria, con fé ardiente y constante, hasta sucumbir ántes que verla esclavizada.

Aqnella triple alianza, formada para llevar á cabo, la infame obra de la devastacion y aniquilamiento de un pueblo, digno de mejor suerte y que ninguna falta, absolutamente ninguna, habia cometido; para que mereciera ser tratado, así tan desapiadadamente, no subsistió sin embargo, porque sucedió con ella, lo que sucede siempre, con toda alianza, formada con depravado fin, en la que no entran, ni entrar pueden, los que se comprometen á la ejecución de su obra, con la sinceridad y franqueza de las causas justas, y basadas en la razon, pues que á poco de formadas semejantes alianzas, los mas precabidos, ó menos audaces, se separan de ellas, prefiriendo llevar mas bien el ridículo de su imprevision, que el triunfo de la iniquidad, por medio de la infamia. Y así fué, como los ingleses y españoles, despues de los preliminares de la Soledad, se retiraron de la escena, dejando á los franceses, la responsabilidad solidaria de sus actos de invasion, obrando así, tal vez, los gefes de aquellas naciones, porque, mas cautos, volvian sobre sus pasos para hacer ménos fiasco, en tan loca empresa, ó por que, comprendiendo ellos mismos que se les engañaba, en cuanto al verdadero objeto, con que venian á México, no quisieron pasar, por el ridículo papel, de ciegos instrumentos de la política napoleónica, comprometida en aquella época, con el bando retrógrado de

nuestro País, para elevarlo y sostenerlo en el poder, mediante la destrucción del gobierno legítimamente establecido, y que representaba la administración del Presidente Juárez.

El resultado fué, pues, que los franceses quedaron solos en el país con la pretensión, bien peregrina por cierto, de regenerarlo, según decían, pero en realidad, para explotarlo en gran escala, poniendo en juego cuantos medios estuvieran á la mano, importándoles poco, muy poco, hasta sus mismos gloriosos antecedentes de caballeridad en cumplir y guardar la fé de sus tratados, como muy pronto se encargaron ellos mismos de justificarlo, negándose á cumplir los que se habían celebrado á instancias de todos los aliados, para avanzar hácia el interior del país, evitando las calamidades del clima, y buscando mejores condiciones para sus soldados; á todo lo que, México, como siempre, generoso aun con sus mismos enemigos, no se había rehusado, para darles una prueba mas, de que, no solo no se les temía, sino de que, en cuanto á caballeridad y cortesía, nada les envidiaba. Verdad es, que si en esto la Nación sufrió un cruel desengaño por la falta de cumplimiento, por parte de los franceses, que bajo la salvaguardia de esos tratados, habían repasado posesiones, que de otro modo, en son de guerra, les habría costado algo caro; por otra parte, ya supo la Nación á que atenerse, pues ya no pudo abrigar, ni siquiera la menor duda, de que el invasor, en la lucha que provocaba, pudiera guardar, no ya las leyes de la guerra, observadas hoy aun entre naciones bárbaras y semi-salvajes, pero ni aun el menor respeto, y consideración para él mismo, por sus antecedentes guerreros, cuando así faltaba á sus mas solemnes compromisos; llegando desde ese momento á comprender el gobierno de México, no solo el verdadero móvil de la intervención en el suelo patrio, sino que, mas antes ó mas despues, el triunfo sobre el invasor sería seguro.

Y una vez con esa conciencia, aquel pequeño ejército de héroes, que vigilaba los movimientos del invasor, y sobre todo, contando con la justicia de su causa y confianza, que, por sus honrosos antecedentes, les inspiraba el denodado y pundonoroso Gefe, bajo cuyas banderas militaban, poco ó na-

da les importaría, sacrificar sus vidas en defensa de tan sacrosanta causa.

Así sucedió en ese memorable día 5 de Mayo de 1862: lo que en él pasó al ejército francés, todos lo sabemos: sufrió la mas vergonzosa de las derrotas, que registran los fastos de la historia, porque en las condiciones en que se encontraba, y con los elementos de que disponia, superior en número, armamento, disciplina, con el prestigio y orgullo de cien batallas, ganadas en otras tantas conquistas, natural era, que se consideraran los que formaban dicho ejército, ya como vencedores, y ni por la imaginacion se les pasaría que podian ser vencidos, como lo fueron, por un puñado de reclutas, inferiores en número, armamento, disciplina y que no contaba, con mas hechos gloriosos, que con los de la defensa, de su misma Patria, dándole libertad contra sus conquistadores Europeos, y venciendo luego, en buena lid, al partido del retroceso. Y tenian que ser, de todos modos, vencidos los franceses fuera mas temprano, fuera mas tarde, porque la lucha que ellos provocaban, era la lucha del pasado, contra el porvenir, del retroceso contra el progreso; y los pueblos, una vez entrados en la via del adelanto y mejoramiento, en cuanto al modo de suserpolítico, y social, jamas retroceden: se les impone por la fuerza bruta; se les subyuga; se les esclaviza, y á veces, hasta se les hace desaparecer del catálogo ó número de las naciones, pero si llegan á salir victoriosos de semejantes afflictivas situaciones; marchan adelante, y siempre adelante.

Hoy, el solo recuerdo de ese memorable día 5 de Mayo, de 1862, en el que, México por el arrojó de sus hijos, se dió á conocer ante el extranjero, y ante el mundo entero, como digno de conservar la independéncia que sostenia, no solo, nos debe ser grato, sino que debemos reverenciarlo, tributando un justo homenaje de respeto y admiracion, á la memoria de los que lucharon en tan gloriosa jornada, por darnos libertad é independéncia, procurando grabar tambien, en el inocente y tierno corazon de nuestros pequeños hijos, ese recuerdo, para nosotros tan querido, á fin de que, pasando así, de generacion en generacion, se haga inestinguible y sirva de escudo, á nuestra México, para que siempre y como

hasta hoy, salga victoriosa de ataques semejantes. ¡¡¡Gloria y honor imperecedero, al inmortal héroe del 5 de Mayo de 1862, al invicto y malogrado general Ignacio Zaragoza!!! ¡¡¡Honor y gloria á sus subordinados, los dignos generales, gefes, oficiales y soldados, que compusieron ese pequeño ejército de heroes!!!; y para los que sucumbieron en aquella jornada, depositemos en sus tumbas, una flor de siempre viva, y guardemos en nuestro corazon un sentimiento profundo de admiracion, respeto y gratitud hácia ellos, no olvidando jamás, sus inmortales nombres, y mostrándolos á nuestros hijos, como mártires sublimes de la libertad é independencia de nuestra Pátria, que de ellos fué tan querida, y dignos, en fin, de que su noble y generoso sacrificio, sea siempre imitado por la posteridad.

Y para nuestra querida México, ¿qué podríamos pedir, que fuera digno de ella, y digno de sus hijos todos, en este gran dia, consagrado á la memoria de tan fausto acontecimiento, como fué el 5 de Mayo de 1862?... Esto: la reconciliacion sincera de los que formamos el bando progresista del País, como justo y debido tributo á la heroicidad de la nacion, que despues de tanto sufrimiento ha salido, al fin, triunfante de la odiosa intervencion, á que fuera condenada por la ambicion del extranjero, y despecho de algunos de sus propios hijos, siendo como es, por otra parte, tan magnánima, que, sin reanudar relaciones, á que está pronta, siempre que las inicie el que fué agresor, y sin guardar el menor rencor, permite que vivan, como siempre, en su suelo, los nacionales de aquellos pueblos, que con la intervencion, ó por su causa, tantos males le hicieron sufrir, sin mas tratados, para garantía, en sus personas é intereses, que las mismas leyes, que ella propia se ha dado como Nacion culta y digna de la libertad é independencia que ha sabido alcanzar y aspira á conservar por las virtudes de sus buenos hijos; y que estos, abjurando para siempre, errores pasados, y agrupándose al derredor del gobierno constituido, bajo las bases ó instituciones que nos rigen, coadyuven, cada cual, segun su esfera y posibilidad, al sostenimiento de esas mismas instituciones, que son las que hasta ahora nos han salvado, y sin las que, no seria remoto nos hundiéramos, en

un mar profundo de desgracias, que nos podría hacer perder (Dios no lo pormita) hasta nuestra nacionalidad, quedando esclavizados indefinidamente, como hoy lo está la infeliz Polonia.

Que nuestra conducta, pues, para lo futuro, sea digna de las hazañas de nuestros antepasados, y que las grandes virtudes que de ellos tenemos, y los gratos recuerdos, que, como el presente, honramos hoy por medio de esta manifestación pública, estén siempre grabados en nuestros corazones, para imitarlos, en su fuerza de voluntad, abnegación y patriotismo, como única recompensa que les será grata, y que podemos ofrecer, á los que se sacrificaron por darnos Patria y Libertad.—DICE.

